

Tras las huellas de Juan Santamaría

LUIS CASTRO RODRIGUEZ

La devoción cívica, como el fundamento espiritual de la vida, son necesarios para todo el que siente en mayor o menor grado, amor por la Patria o esperanza en la existencia del mundo futuro en el orden trascendente. La mística fue en un tiempo el fuego de las Vestales: si se apagaba, sobrevinían grandes calamidades; cuando no hubo Vestales, mucho más acá de que Rea Silvia concibiera a Rómulo y Remo, el imperio romano se fraccionó y luego se derrumbó. La falta de devoción por la Patria sustituida por la creencia de que el nacionalismo es obsoleto, conduce a la apertura de las puertas de las murallas, realizada no por los conquistadores sino por los quintacolumnistas agazapados, que siempre son los que no creen en nada. La falta de valores éticos conduce a la degradación del ser, de la familia, de la comunidad, de la nacionalidad, y explica cómo los que conquistaron por medio de inteligencias secretas más que por las armas, contaron con los incrédulos y despechados.

En Costa Rica tenemos dos grandes devociones, dos llamas místicas, con algo de míticas: la creencia de que la imagencita verdosa de Nuestra Señora de los Angeles fue encontrada milagrosamente, como prueba de que Dios quería que no hubiera cruces de Caravaca que separaran a los pardos de los blancos, y la seguridad de que Juan Santamaría, auténtico representante del pueblo por su sangre, por su ignorancia y por su valor, dio su vida para evitar que esclavizaran a la Patria.

Sin contradecir la lista de dogmas que deben creerse necesariamente para pertenecer a la fe católica, puede aceptarse la evidencia de que la imagencita fue tallada y colocada por manos humanas con un noble fin, y que la fe popular le dio resplandores de oro, representados por la aurea custodia que engalana la efigie que primitivamente había sido pintada de dorado. De igual modo, en la dimensión patriótica, debe aceptarse que el tambor alajuelense, que no fue soldado, aceptó con denuedo el encargo que se le dio para ir a darle fuego al techo del edificio de adobes, parapeto del esclavismo sureño, y que él, con su hazaña, logró que se desempatará la primera batalla de Rivas en favor del ejército costarricense, única fuerza que había acudido a apoyar a los patriotas de Nicaragua, después que Castellón llamó al yanqui, en abril de 1855 y después que el 29 de junio de ese año, Manuel Mongalo realizó la primera quema del reducto filibustero.

Son tres los asuntos históricos que deben investigarse mejor, sin tener como dogma la leyenda popular que le pone resplandores a las imágenes: la existencia de un muchacho llamado Juan, apodado el Erizo, cuya madre fue Manuela Carvajal o Gallego, llamada también Santamaría; la hazaña heroica realizada el 11 de abril de 1856 y finalmente la forma como murió el que se acercó al mesón de un tal Guerra, no llevando ni uniforme, ni quepis, ni rifle, como se le señala en la estatua, sino la tea inflamada y una escala. La existencia de Juan está más que demostrada.

Hubo documentos precisos y por tal motivo el General Volio, que los estudió en los archivos de que era director, no negó la existencia del héroe, sino las circunstancias de su muerte. Pasada la batalla de Rivas, se produjo un silencio nacional enorme. El nombre de El Erizo no figuró en los partes oficiales y no fue sino hasta un año después, cuando su madre reclamó el cumplimiento de la promesa que se levantó la información "ad perpetua" y quedó comprobada plenamente la hazaña inmortal, a la que se han referido con brillo los oradores con su lírica, los poetas con sus poemas y los músicos con el majestuoso himno de Calderón y con múltiples canciones escolares. Hay un poema sinfónico inédito que recoge desde la voz de los ancestros afro-chorotegas, la melodía religiosa del ángelus en órgano, el correr del muchacho a caballo y a pie, el desfile, lo de Santa Rosa y Rivas, el llanto de la patria ante la epidemia y la proclamación del heroísmo en la figura de los dos Juanes: el que vio venir la tempestad y lanzó al pueblo a detener la ola esclavista, y el de que pidió, co-

mo Cristo en el Calvario, según Zambrana, que se acordaran de su madre.

De la vida del Erizo, históricamente investigada, poco puede decirse con base en documentos, pero sí con fundamento en la tradición, al igual que ocurre con lo referente a Cristo, ya que la Biblia está llena de lagunas y ha correspondido a los llamados "santos padres" e historiadores llenarlas, sustentando la doctrina en la tradición, y de ahí que se forjaran leyendas impugnadas, como las de los evangelios apócrifos, y las que ahora circulan en películas, cassettes y libros como los de Renán y Strauss. El Lic. Teodoro Picado Milchasky, de grato recuerdo, en una charla sobre la vida de El Erizo, lo retrató fielmente en su dimensión de un auténtico muchacho alajuelense, con sus costumbres y "mañas", su laboriosidad, diligencia, hombría y valor. Así se describe a Juan en el prólogo de la dramatización "El Erizo" y en la reciente obra de Villegas "Juan Gallego". De esa vida pintoresca y afanosa se debe hablar a los jóvenes sin temor, porque no es invención ni leyenda. El se proyectó en la vida de su pueblo natal, como se enmarcó con fulgores de gloria en la vida de la Patria y en el escudo, con el lema corregido por Monseñor Sanabria: "Pro Patria nostra, sanguis noster".

Del segundo aspecto que señalamos, también puede hablarse sin temor alguno a los jóvenes para que ellos sigan transmitiendo de generación en generación la enorme importancia de la hazaña, del pueblo, que sin haber consolidado su existencia económica y jurídica — de ahí la inquietud de los mal llamados imperialistas de que Costa Rica se uniera a México o a Colombia, porque sospechaban la existencia de aventureros, como el que había sido presidente de Sonora, Walker — se lanzó a la defensa del suelo centroamericano de sur a norte, con el respaldo de la clase popular y de la clase media y resistencia de algunos adinerados que rehusaban contribuir. De sur a norte también quiso Morazán enlazar a las cinco porciones de la Patria Grande, pero fracasó, porque su ideal unionista llevaba el camino de la conquista militar. Don Juan Rafael Mora no invadió el suelo nicaragüense en son de dominio sino de auténtica liberación y su intento fue cortar en toda su dimensión la vía del tránsito, el río San Juan, por cuyo empleo una y otra vez, los malos gobernantes de Nicaragua firmaron tratados con el yanqui.

Armando Rodríguez Porras enjuicia la primera batalla de Rivas: al inició, un fracaso, en el orden militar, que permitió a los filibusteros servirse del factor sorpresa porque no se les esperaba, lo contrario de lo que ocurrió en Santa Rosa. La idea incendiaria germinó frente a la vieja casona, pero no se aplicó porque los invasores cedieron ante la carga de los oficiales y soldados improvisados.

En Rivas fue el Sargento Mayor Corrales el que indicó que la única solución era darle fuego al techo de la casa. Fracasó el Teniente Pacheco en su primer intento, resultando herido. Por eso se escogió a quien era más ágil que él. Lo de "dé un paso al frente..." es una leyenda. El Erizo fue escogido porque se sabía que él corría velozmente. (Le daba la vuelta a la plaza "en pata renca", por una peseta de quesadillas, contaba don Teodoro). Su encomienda de la madre consta en las declaraciones. Su acción no se mencionó en el parte del Estado Mayor. Lo escogieron, aceptó, y se encaminó en zig zag hacia el reducto, llevando la tea y la escalera, porque lo que había que quemar no eran las paredes de adobes sino el techo, que se derrumbó cuando los invasores no pudieron extinguir el fuego, horas después de que este comenzó a propagarse, después que Juan, subido a su escala "pedestal de gloria", dijo Dobles Segreda, logró que las "soleras" se calentaran. A Pacheco lo hirieron antes de llegar. El Erizo pudo alzarse y quemar. Lo hirieron después.

Llegamos a la tercera fase de la hazaña. ¿Murió ahí mismo? La pregunta no puede contestarse afirmativamente y es fruto de la fantasía nica, abundante para la narración y para los versos, el señalar, a estas horas, que se dejó un papel indicando donde sepultaron

al Erizo, y producto de ingenuidad recoger esto como cierto.

A los historiadores nicaragüenses les preocupó más señalar la hazaña de Mongalo el 29 de junio de 1855 y la victoria de San Jacinto el 14 de setiembre de 1856 que demostraron que hubo fuerzas que se opusieron a la entrega de la patria al filibustero, proclamado Presidente de Nicaragua. No desconocen la hazaña de nuestro héroe, pero su heroísmo no se difunde. Cuando en octubre de 1954 un costarricense intenta localizar "el mesón de guerra" y tomar datos, se le detiene como espía y se le traslada a la prisión del Hormiguero y luego a la de la Aviación y para salir con vida, no tiene mas remedio que ofrecerse a participar en el adiestramiento, en Coyotepe, y en la invasión de 1955. El pueblo y hasta la gente ilustrada conocía muy poco de la acción realizada en Rivas; tiempo después, el periodista don Francisco María Núñez, consigue que coloquen una placa en el lugar en donde El Erizo, se convirtió en héroe.

En el año 1929, mi profesor, el entonces sacerdote Víctor M. Sanabria, nos leyó el libro de defunciones que llevó el Padre Francisco Calvo, capellán, con otros cinco sacerdotes del ejército expedicionario. Ahí está el nombre de Juan Santamaría entre los que murieron víctimas del cólera. Para desmentir el único documento mortuario — porque los declarantes que relataron su hazaña dijeron que lo vieron caer, no que lo vieron morir — se inventó que se trataba de otro Juan Santamaría, y hasta un distinguido historiador escribió que eran tres los que llevaban ese nombre. La tradición destaca la figura distinguida de un único muchacho conocido como "el hijo de Manuela, que era "mujer sola"; su padre, un guanacasteco con sangre chorotega y mulata; su madre, una mestiza, con más de india que de blanca", decía el Lic. Picado Milchasky. En Juan están todas las sangres que integran nuestro conglomerado nacional, todas las condiciones del mudo que es humorista por excelencia, todas las trazas del muchacho travieso, andariego y trabajador y todas las virtudes del auténtico campesino que encalaba casas, ensillaba bestias y manejó "la caja". Nada resta a la gloria de Juan el no haber perecido en Rivas; como el Teniente Pacheco, pudo resultar herido, curarse y morir ya no víctima de las balas, sino de la tremenda epidemia que "se llevó" al Vicepresidente Oreamuno, al Capitán Alfaro Ruiz y a diez mil costarricenses.

De igual modo que el recordado Doctor en Derecho, Coronel y Profesor Guillermo Padilla Castro trajo de Coto el polvo que quedaba de sus compañeros que dieron la vida por la Patria luchando contra las fuerzas panameñas, y colocó esas cenizas en el Parque Morazán, así también, con fervor cívico que enaltece a los iniciadores y promotores de la repatriación de ese polvo sagrado, va a depositarse lo que fue encontrado, el residuo de los 500 cadáveres costarricenses que fueron recogidos el 12 de abril de 1856 en Rivas y sepultados en un sitio común, como se hizo en Alajuela con las víctimas de la catástrofe del Virilla, en 1926. ¿Se encontraron algunos cráneos, que es la parte ósea que tarda más en desintegrarse? No lo sabemos. Se localizaron "restos", "ossa et cineris", huesos y cenizas, como dice el epitafio del Primer Obispo de Alajuela. ¿Vienen en ese polvo moléculas de El Erizo, o se encuentran estos restos, sin cruz y sin nombre, a la orilla del camino por el que, a partir del 26 de abril de 1856, regresó nuestro ejército de Rivas?

El homenaje es simbólico. La existencia del Erizo no puede negarse; tampoco su acción heroica, su entrega a la Patria ni su encomienda de la madre. Como su tea, debe arder perennemente la llama del recuerdo, de la devoción cívica, mística que necesita Costa Rica para conservar su libertad política siempre. Es eso lo importante y lo que se deriva del homenaje. El tambor debe estar dispuesto por si es necesario convocar a todos los que quieran defender la tierra sagrada. El fuego, como el de las vestales, libre de corrientes que puedan apagarlo.



Detrás de uno de los cañones que fueron adquiridos el siglo pasado, se yergue la simbólica estatua del "Erizo" erigida mucho después de la hazaña. (Foto Córdoba).